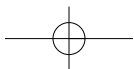
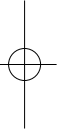
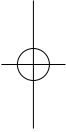


EL AGUJERO DEL DONUT

El autor nos habla de los momentos clave de la construcción de Castilla La Mancha como Comunidad Autónoma. La bisoñez y escepticismo inicial desembocaron finalmente en entusiasmo y aceptación general de la existencia de la Comunidad. Alude a problemas perennes como el del reparto del agua y otros. Mariano Calvo es escritor y entre sus obras publicadas se encuentran *"Garcilaso y Cervantes, la voz a ti debida"*; *"Teoría de Toledo y otras teorías"* y *"Engorro y Neuralgia de Toledo"*.

MARIANO CALVO

Escritor





*Molinos de Viento.
Campo de Criptana
(Ciudad Real).*

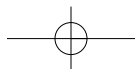
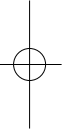
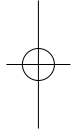
En noviembre de 1978 un Real Decreto-Ley puso en marcha los mecanismos jurídico-políticos para que el embrión llamado "Castilla-La Mancha" pudiera ver la luz. La causa genésica de dicho acontecimiento no fue una reclamación social o histórica enarbolada por sectores de la población más o menos numerosos, sino sencillamente una decisión gubernativa a pulso alzado, consecuencia de aquella tabernaria máxima de felice recordación: "café para todos".

La gestación de Castilla-La Mancha fue un proceso de fertilización asistida que echó a andar y anduvo más por la inercia de los actos político-administrativos que por la voluntad de sus supuestos protagonistas. No hubo oposición propiamente dicha, pero sí alguna sorna displicente. "El café" castellano-manchego se sirvió frío, bajo la mirada oblicua de muchos y la guasona reticencia de algunos medios de comunicación como "El País", que tildó a la nueva realidad territorial de "autonomía fantasma".

"El café" castellano-manchego se sirvió frío, bajo la mirada oblicua de muchos y la guasona reticencia de algunos medios de comunicación como "El País", que tildó a la nueva realidad territorial de "autonomía fantasma".

Antes del soplo creacional, Castilla-La Mancha era poco más que soledad y caos con un plus de marginación y olvido. Las estadísticas la situaban más cerca de África que de Europa, con un flujo migratorio hemorrágico y un índice demográfico similar al de Siberia.

Si empezar de cero puede tener sus ventajas, empezar con los índices estadísticos que entonces arrastraba Castilla-La Mancha suponía echar a andar con la piedra de Sísifo en la clavícula. No era sólo la falta de conciencia regional lo que dificultaba el despegue de Castilla-La Mancha sino la falta de todo en general. Entre los déficit estructurales de nuestra neonata región figuraba en lugar destacado el del agua. Los árabes invasores ya advirtieron el problema poniendo el nombre de "La Mancha" (es decir, "La Seca"), a nuestra más extensa comarca. Luego, el franquismo se encargó de profundizar el secano de estos lares olvidados de dios, de la patria y del rey, construyendo un trasvase con la finalidad de llevarse sus deficitarios recursos hídricos a zonas de más



pujanza desarrollista. Y tras el agua, los puestos de trabajo y la escasa juventud de sus envejecidos pueblos. Incluso proyectaron ubicar en la región un campo de tiro aéreo para prácticas de la OTAN, quizá buscando dar a estas tierras el fin apocalíptico que parecía corresponderlas.

Podría pensarse que, así las cosas, los protocastellano-manchegos ardían en reivindicaciones, clamaban por la devolución de deudas históricas o vieron en el naciente estado de las Autonomías su tabla de salvación, la luz del túnel. Pero, en absoluto. Mientras en las regiones más prósperas las gentes llenaban las calles de pancartas regio/nacionalistas, en las provincias castellano-manchegas se guardaba un silencio atónito cuando no reticente. En la incipiente Castilla-La Mancha reinaba la paz de los cementerios sobrevolada por la sombra alargada del águila franquista. Éramos el ejemplo de cómo la depauperación de los pueblos no sólo mantiene vacíos los bolsillos sino también y sobre todo las cabezas. Por no tener, Castilla-La Mancha no tenía ni un atisbo de conciencia regional. Se tenía asumida, eso sí, una identificación genérica con la nacionalidad española construida a base de elementos románticos, castizos y folkloristas.

Un chiste publicado en "La Codorniz" durante aquellos años representaba a un campesino que respondía a un encuestador: "No señor, aquí nunca hemos tenido problemas con el agua, porque como no tenemos..." Tomando este hilo, cabría decir que los castellano-manchegos de entonces no tenían conciencia regio-

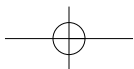
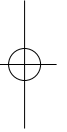
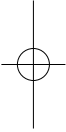
"No señor, aquí nunca hemos tenido problemas con el agua, porque como no tenemos..."

nal porque no tenían en general conciencia de casi nada. Sin conciencia de nosotros mismos ni de nuestra identidad, los castellano-manchegos éramos una tierra de nadie a medio camino entre lo andaluz y lo castellano, entre Levante y Extremadura. Una vacío en el centro peninsular, el agujero del donuts español. Ya lo dijo quien lo dijo: "Una autonomía fantasma". Los portaestandartes de los nacionalismos periféricos insistían en que sólo ellos tenían conciencia y sentimiento de personalidad diferenciada, como si eso fuera un título de marquesado que les convirtiera en aristocracia del nuevo Estado de las Autonomías. Pero en tres décadas de rozagante autonomismo generalizado, se ha evidenciado que eso que tan orgullosamente llamaban "la conciencia regional" es en realidad una planta fácil y ubérrima, que arraiga en cualquier suelo a poco que se le riegue bien. "Denme una subvención y moveré el mundo de las conciencias" podríamos decir parafraseando a un Arquímedes territorial. Para palanca nacional-regionalista, nada como un buen presupuesto y una televisión entregada.

La conciencia regional viene a ser una cuestión de aprendizaje con dosis de folklore sentimental, mientras la conciencia nacionalista requiere además un enemigo. Nada hace más por suscitar la conciencia regio-nacionalista de los castellano-manchegos que los sucesivos expolios del trasvase Tajo-Segura. El verdadero eje vertebrador de nuestra conciencia regional es la faena hidrológica del Trasvase.

La conciencia regional viene a ser una cuestión de aprendizaje con dosis de folklore sentimental.

El surgimiento de los sentimientos de identidad colectiva de los pueblos no suele tener fecha concreta en el calendario pero en Castilla-La Mancha sí, al menos en lo que ese surgimiento identitario tuvo de decisión institucional. Pero Castilla-La Mancha no surge del vacío sino de la amnesia. Nuestra región tiene un precedente inmediato que se llamó Castilla-La Nueva y un antecedente remoto que se llamó el Reino de Toledo. Desde los tiempos de la Car-



petania romana, la submeseta sur siempre tuvo su propia identidad geopolítica y hasta su escudo propio como Reino de Toledo, que Carlos V, tras la Guerra de las Comunidades, suprimió de un plumazo. A partir de ese momento la identificación de la submeseta con el destino del imperio fue tal que en su altar se sacrificaron los restos de su conciencia diferenciada. Nada es más clarificador que asomarse al mapa del reino taifa de Toledo y comprobar cómo se ajustaba casi milimétricamente al perfil del mapa actual de Castilla-La Mancha. ¿Misterios del azar? No, sencillamente, la fuerza de la geopolítica, que prevalece por encima de los cambiantes vaivenes del capricho.

Se pudo haber optado en Castilla-La Mancha por iniciar un proceso de concienciación al modo de otras comunidades periféricas, pero aquí se prefirió, seguramente por temor a los despeñaderos nacionalistas, poner el objetivo en la buena instrumentación político-administrativa con la vista puesta en la eficacia del sistema. Se optó por un modelo a la francesa, es decir, una ciudadanía reunida en torno a un orden político propio para preservar y desarrollar sus intereses, obviando cualquier otra alternativa emparentada con metafísicas especulativas en torno a la religión, la patria, la lengua o los genes. La euforia que rodeó en otras comunidades el proceso autonómico, tomó entre nosotros la forma de un optimismo sin entusiasmo. Si acaso, lo que surgieron fueron expectativas de futuro, que para estas tierras ya era mucho.

Casi treinta años después, la realidad retrata el éxito del Estado de las Autonomías, y, para sorpresa de muchos, los índices de ese éxito se muestran incluso más generosos con regiones como Castilla-La Mancha. Nuestro subdesarrollo era tal, que los instrumentos descentralizadores han servido de revulsivo en grado muy superior al de otras comunidades más desarrolladas económica y políticamente. El que fuera un instrumento concebido para contentar a las regiones nacionalistas, se ha convertido en la práctica en un instrumento mágico de desarrollo para las menos concienciadas políticamente y con identidad menos definida o específica. Esta paradoja no sé si se celebra tanto fuera como lo celebramos dentro. A fin de cuentas, la descentralización de la toma de decisiones ha sido la varita mágica del impulso desarrollista y no tanto los ajilimójilis en torno a la identidad.

Con buen tino, los políticos castellano-manchegos pusieron la proa hacia la consecución de objetivos sociales y económicos, persuadidos de que la conciencia regional y, en consecuencia, la consolidación del invento autonómico se lograría mediante la eficacia en la cuenta de resultados. Y tal parece que la realidad ha acabado por darles la razón. Gracias sobre todo a la cuenta de resultados, los ciudadanos castellano-manchegos asumen en la actualidad su región como una realidad política propia pero sobre todo como un imprescindible instrumento de desarrollo económico y social. ¿No es ése, a fin de cuentas, el objetivo último de lo político, despojado de los adornos de la metafísica patrioterica? En su manera de entender la identidad regional, los castellano-manchegos tienen claro que la política debe tener el objetivo en la articulación racional del sistema hacia la felicidad y el progreso de todos y cada uno de los ciudadanos. ☪